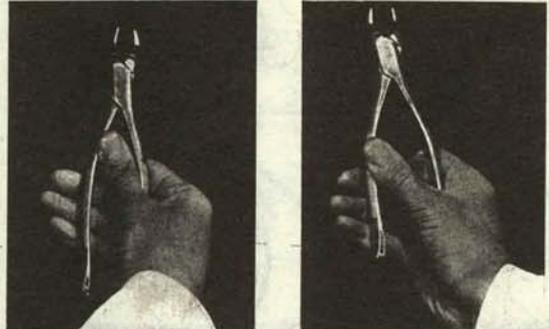


LA CENSURA EN VANGUARDIA

Mucha gente, por culpa de su censura interior, dice y escribe menos de lo permitido. Para ayudarles a vencer sus inhibiciones, se ha dispuesto por los dispondores que los censores diplomados ayuden a los tales tímidos.



Censores dispuestos a ayudar con sus herramientas a los inhibidos.



Momento en que un censor ayuda a una poetisa a decir lo que no se atreve.



Algunos adjetivos calificativos y determinativos extraídos de los escritores gracias a la colaboración de los censores.

HAY gente, simplista por demás, que piensa que, para ser negro, basta con tener la piel de color, y la verdad es que, si fuese así de sencillo, no habría problema. Por desgracia la cosa es más complicada, comenzando con que nosotros tampoco somos blancos, sino grisáceos.

El negro es el que las recibe todas en un papo, el nacido para criada para todo. En los países negros, por ejemplo, los negros son por igual los blancos y los negros de las tribus sometidas; en los países africanos blancos, por el contrario, los negros son los negros. En ciertos países sudamericanos los negros son los indios, en Chipre los negros eran hasta hace poco los turcos y ahora parece que llevan camino de cambiarse las tornas y que los negros van a ser los grecochipriotas. En Israel los negros son los árabes y en parte también los judíos sefarditas. Y así sucesivamente, de modo que ya ve el lector que la pigmentación tiene aquí un papel bastante secundario.

En Suiza y en Inglaterra los negros son los obreros mediterráneos inmigrantes y dan a los indígenas de esos países un estímulo de tipo patriótico-moral que países carentes de un proletariado extranjero, como, por ejemplo, los mismos países mediterráneos, no tienen. En Alemania nazi los negros eran los judíos y en la Unión Soviética actual lo están empujando a ser los intelectuales disidentes.



NEGROS BLANCOS Y BLANCOS NEGROS

Recuerdo que, hace tres años, estando en Nueva York, donde los negros son todos negros y portorriqueños, fui a un bar de negros, aunque todo el mundo me dijo que era peligrosísimo. Me armé de valor, fui y pedí un whisky; whisky tras whisky fui notando que un grupo de negros a mi lado estaba tratando de provocarme. Al principio intenté hacerme el desistado, pero ya cuando comenzaron a echarme el

humo de los cigarrillos a los ojos me resultó imposible y no tuve más remedio que encarmarme con ellos, que, de liarse la cosa a golpes, me podían de seguro. «La verdad», les dije con ese valor algo optimista que da el alcohol a sus conocidos, «que no sé por qué se meten ustedes tanto conmigo. Yo soy tan negro como ustedes. Soy portorriqueño». Dije esto tratando de exagerar mi acento hispánico, para dar más verosimilitud a mi afirmación. Y lo cierto es que me creyeron y me dejaron en paz. También ellos pensaban que ser negro tiene muy poco que ver con el color de la piel.

No sé qué va a ser de esos países que he mencionado, y de otros muchos como ellos, cuando se queden sin sus negros. Van a tener que inventarlos. En Irlanda del Norte, por ejemplo, un éxodo de negros, vulgo católicos, plantearía el problema muy serio a los protestantes de que, idos sus negros, se convertirían ellos en negros de los ingleses residentes en el Ulster. Actualmente la gradación social de esa provincia británica es algo compleja: oficialmente los blancos son los protestantes y los negros los católicos, pero yo, que conozco algo ese problema, complicaría algo más la estructura social de la provincia: los blancos son los ingleses, los negros los protestantes y los nigérrimos los católicos. Esto último es un lujo que pocos países pueden permitirse. ■

B. WOLF.